

no dejó de tomar las precauciones oportunas para asegurarla; hizo prestar juramento de fidelidad por los naturales del país, echó á todos los griegos y puso guarniciones europeas en las plazas.

36. Poco tardó en llegar al sitio de Acre; pero con mucho orgullo de haber conquistado un reino, y entregado á una vanidad, que junta á la aspereza natural de su carácter, dió mucho que sufrir á sus propios aliados, sin exceptuar á Felipe Augusto, su señor feudal y hasta entonces su amigo. No dejaron los dos Reyes de atacar la ciudad como si hubieran estado de buena inteligencia, y la redujeron á capitular despues de haber dado algunos asaltos. Por la capitulacion se estipuló, que los musulmanes volverian la verdadera cruz tomada en la batalla de Tiberiades, y que darian libertad á doscientos caballeros y á otras mil personas de menor consideracion. Desde este tratado, Acre ó Ptolemaida vino á ser plaza de refugio de los latinos en Palestina, y la escala donde esperaron largo tiempo, mas siempre en vano, la ocasion de restablecer el reino de Jerusalem.

37. Establecieron para los enfermos privados de todo auxilio un hospital mientras el sitio de Ptolemaida algunos alemanes de Brema y de Lubec, donde el orden de caballeros teutónicos adquirió por fin su perfeccion y su forma regular (1). Segun hemos visto, habia ya un hospital en Jerusalem para los peregrinos de Alemania que no entendian la lengua franca, es decir, la francesa, que usaban ya los otros

(1) *Chron. Prus. c. 1. Jac. Vittr. Hist. Hier. c. 66.*

crucados. Tambien se juntaron luego á estos hospitalarios varios caballeros y nobles que tomaban asimismo las armas para la seguridad de los peregrinos y defensa de los santos lugares. Adquirió esta devocion un nuevo grado de perfeccion en el sitio de Ptolemaida, y se formó un tercer orden militar por el modelo de los templarios y de los hospitalarios de San Juan. Luego fue aprobado por el patriarca y los obispos del país, y confirmado en el año siguiente por el Papa. Era el hábito del orden un manto blanco con cruz negra. El hospital fue su principal casa acompañado de una iglesia que hizo fabricar en Ptolemaida el primer gran maestre llamado Enrique Walpot, dándole con todo el nombre de Santa María de Jerusalem.

38. Felipe Augusto en el entretanto cayó en una enfermedad que agotó sus fuerzas todas, y debia partir al punto á juicio de sus médicos á respirar los aires nativos. Estaba por otra parte muy poco satisfecho del Rey de Inglaterra, con el cual solo pudo conservar la concordia, ó evitar un entero rompimiento á fuerza de paciencia y de disimulo. Mas para no ser acusado de que vengaba sus disgustos personales á espensas de la Religion, dejó tropas considerables en Palestina al mando del duque de Borgoña, y las exhortó antes de partir á sostener de concierto con el Rey Ricardo la gloria del nombre cristiano. Felipe al pasar por Roma quiso tambien impetrar la absolucion de su voto, por cuanto no le habia cumplido del todo; y el Papa, mas que satisfecho de la

prudencia y generosidad de sus procedimientos, le colmó de honores y de testimonios de reconocimiento.

39. Entonces ocupaba la Cátedra de San Pedro Celestino III, á la que fue exaltado tres dias despues de la muerte de Clemente III, el 30 de Marzo de 1191. Hallábase en edad muy avanzada; pues fue cardenal diácono por espacio de sesenta y cinco años: mas su espíritu y aun su cuerpo, no se resentian todavía del peso de los años (1). Fue coronado de un modo nuevo, segun el ceremonial del orden romano, compuesto entonces por el camarero Cencio. El Papa electo, dice este autor, se postra delante del altar mientras se canta el *Te Deum*: luego los cardenales obispos le conducen á su Silla detrás del altar donde ellos se postran á sus pies y reciben el beso de paz. De allí le llevan en seguida á una cátedra de piedra colocada delante de la basílica de Letran; y luego delante de la basílica de San Silvestre, donde sentado en una silla de pórfido recibe la férula en señal de su gobierno pastoral, y despues las llaves del palacio de Letran. Pasa en fin á otra silla semejante, y en ella le ciñen una faja de seda roja de la cual está pendiente una bolsa de púrpura que contiene doce sellos adornados de piedras preciosas y mezclados de perfumes, símbolos diversos que tiene cada uno su significacion mística. La faja ó cinturón, la continencia: la bolsa, la limosna: las piedras preciosas, el colegio apostólico cuya cabeza es el Papa; y los perfumes, el buen olor de Jesucristo.

(1) *Mabill. Ms. Ital. tom. 2. pag. 210.*

40. Salió de Alemania para hacerse coronar Emperador en Roma el Rey Enrique VI, con la noticia de la muerte de su padre Federico. Dióle la corona el Papa Celestino, y le hizo grandes honores, sin dejarle no obstante tomar autoridad alguna en la ciudad. Adviértese tambien que esta coronacion se hizo de una manera no puesta en uso hasta entonces. Fue colocada la corona á los pies del Papa, que estaba sentado en su trono pontificio; y para manifestar el derecho que pretendia tener de deponer al Emperador si lo mereciese, la arrojó con el pie y la hizo rodar por tierra; mas los cardenales la cogieron al momento y la pusieron sobre las sienes de Enrique (1). Además exigió Celestino de este Príncipe la promesa de que restituiria la ciudad de Túsculo, lo que se ejecutó al siguiente dia martes de Pascua. Entrególa el Papa á los romanos el miércoles, los cuales abandonándose á la venganza fomentada por la envidia, la destruyeron hasta no dejar piedra sobre piedra. Nunca ha sido reparada desde entonces; solos algunos de sus desgraciados ciudadanos se formaron algunas chozas cubiertas con ramas de árboles entre las ruinas de uno de sus arrabales, de donde lleva su origen y nombre el pueblo de Frascati.

Prohibió asimismo el Papa al Emperador de un modo espreso que pasase á la Pulla contra Tancredo, Rey de Sicilia, á quien Celestino queria sostener en la posesion en que estaba de este reino. Enrique que hacia muy poco aprecio de las órdenes del Pontífice

(1) *Rog. Hoc. pag. 689.*

en tal materia, llevó inconsideradamente sus armas á aquella provincia, donde se apoderó de muchas plazas y aun de Salerno que es la capital. Todo cedía á su presencia, y á no haber sido por la epidemia que se introdujo en sus tropas, se habria hecho dueño entonces de la Sicilia, como igualmente de la Pulla. Algun tiempo despues habiendo muerto Tancredo, y dejando sus estados á su hijo Guillermo todavía niño, no perdió el Emperador esta ocasion tan favorable al triunfo de sus derechos. Volvió á la Italia con un nuevo ejército, se hizo coronar Rey de Sicilia en Palermo, y mandó sacar los ojos al Rey Guillermo. Fue luego este jóven Príncipe conducido á Alemania, en donde murió en una prision. Tal fue el fin que tuvo la dominacion de los normandos en la Pulla y en Sicilia, despues de cien años de un glorioso reinado.

41. Cuando Felipe Augusto dejó la Palestina, el Rey de Inglaterra que quedaba sin freno y sin competidor, dió libre rienda á la fogosidad de su carácter, y decidió en todo con una autoridad y una altivez despótica; lo que entibió mucho á la nobleza, y ocasionó un descontento general. Retiróse á su casa con sus tropas y sus naves el marqués de Monferrato, uno de los cruzados mas poderosos como señor de Tyro, irritado de que Ricardo sostenia abiertamente contra él el partido de Guido de Lusignan. Volvieron los alemanes á embarcarse con Leopoldo, duque de Austria, para aproximarse á su pais. Persuadiéronse otros muchos cruzados de que habian cum-

plido su voto con la toma de Ptolemaida; y de este modo en breves dias y sin haber dado todavía una batalla formal, el ejército cristiano se vió debilitado en gran manera.

Todavía se hallaba no obstante en estado de intentar las mayores empresas; y si con cerca de cien mil hombres que restaban, el Rey Ricardo hubiera marchado sin detencion á Jerusalem en la consternacion en que estaban los musulmanes, y aun el mismo Saladino, es muy probable que se habria apoderado de aquella ciudad, objeto de tantos votos y de tantos afanes. Pero entreteniendo en reparar las fortificaciones de Acre, dió tiempo al enemigo para juntar un ejército considerable. Sin embargo, salióle al encuentro, y le acometió cerca de Cesaréa: la batalla fue enconada, y combatieron cuerpo á cuerpo Ricardo y Saladino que se cargaron con furor. Saladino quedó tendido en tierra: los suyos le creyeron muerto, y volvieron las espaldas. Ricardo no menos obstinado en perseguirlos que ardiente en cargarlos, quedó dueño del campo de batalla. Tampoco supo servirse de esta ventaja; pues en lugar de volar en derechura á Jerusalem, empleó el resto de la campaña en alzar sobre las costas las fortificaciones de algunas plazas desmanteladas. No marchó contra esta capital hasta seis meses despues, cuando el rigor del invierno hizo el sitio imposible. Fue preciso acamparse y esperar la primavera; pero los soldados franceses llenos de desesperacion por tener que abandonar la ciudad santa, cuando apenas habian descubierto

las puntas de sus torres, acusaron á Ricardo de infiel á la Religion, y sin escuchar otra cosa quisieron volverse á Europa.

Vióse muy presto este mismo Príncipe obligado á volverse á Europa, á causa de los arriesgados movimientos que su ausencia producía en Inglaterra, donde los Príncipes sus hermanos habían ya sublevado la mayor parte del reino contra el obispo de Eli, encargado de la regencia. Dióse prisa en concluir con Saladino una tregua de tres años, tres meses, tres semanas y tres días. Quedó establecido que toda la costa desde Jaffa hasta Tyro sería para los cristianos, con Ptolemaida y Ascalon; y que los cruzados podrían ir en cortas partidas á visitar el santo sepulcro. Juró Saladino sobre el alcoran; pero Ricardo alegando con su comun altanería que era suficiente su palabra real, dió tan solo la mano á los musulmanes. Luego dispuso de los dos reinos: dió el de Chipre á Guido de Lusignan, el que cedió sus derechos sobre el de Jerusalem al conde de Champaña, sobrino del Rey Ricardo. Acababa de casarse este joven Príncipe llamado Enrique con la Princesa Isabel, hermana de la Reina Sibila, y viuda de Conrado de Monferrato, señor de Tyro, asesinado poco tiempo había por el viejo de la montaña, que principió á adquirir fama por estos horribles crímenes. Mandaba una secta de musulmanes y la hizo muy numerosa, dispensándoles de los egercicios mas molestos de su religion, y permitiéndoles toda especie de atrocidades. En inminente riesgo se hallaba la vida de los

Príncipes mas poderosos que osaban resistirles (1). Amenazóle un enviado del sultan Geladel-Doulet con la indignacion de su amo en las montañas donde se había establecido á los confines de la Persia: el viejo mandó á uno de sus vasallos á presencia del enviado del sultan, que se arrojase de lo alto de una torre, y á otro que se clavase un puñal en el pecho: obedecieron sin vacilar y con cierto gozo. Entonces volviéndose al enviado: id, le dijo, y participad á vuestro amo que tengo setenta mil prontos á egecutar mis órdenes de la manera que habeis visto. Sacrificaron estos furiosos á la venganza de su gefe una multitud de Soberanos, que no pudieron precaverse de su ciego furor. Como no traían mas armas que un puñal, les dieron el nombre de *hasasins* en árabe, de donde tomó origen entre nosotros la palabra asesino.

42. Temiendo el Rey Ricardo aportar á la Pulla, donde se hallaba con fuerzas formidables al Emperador Enrique VI que no le era apasionado, tomó el rumbo de Dalmacia. Naufragó en el golfo de Venecia, y se vió reducido á adelantarse por tierra en los estados del duque de Austria, á quien había ofendido vivamente en Palestina. Aunque disfrazado de templario, fue reconocido y conducido al duque, el cual le detuvo en Viena en una estrecha prision, y le entregó despues al Emperador su enemigo. A fuerza de instancias muy vivas y reiteradas de la Reina Leonor, madre de Ricardo, escribió el Papa Celestino al Emperador y al duque de Austria, y negán-

(1) *Elmac.* pag. 286.

dose á entregarle, pronunció contra ellos sentencia de excomunion, estensiva á aquellos que atentasen á la persona y bienes de los cruzados. Fue preciso, no obstante, despues de un año de prision, que Ricardo pagase un rescate escesivo, dejando rehenes para seguridad del cobro de lo que no pudo pagar de pronto. Pero apenas se vió libre, no se creyó obligado á estos contratos forzados, y el Papa le dispensó de sus juramentos. El duque Leopoldo, que juzgó esta conducta mas propia de un pirata que de un Soberano, se abochornó de sí mismo, y dió á entender que se arrepentia con sinceridad. Herido, como se persuadió, de la mano de Dios en sus estados y en su persona, se confesó culpable, y entregó los rehenes de Ricardo, y ordenó la restitucion de las sumas que ya habia percibido, y que no podia entregar en persona. Tenia rota la pierna de una caída del caballo, y nunca pudo restablecerse. Sobrevinole la gangrena, y fue necesario cortársela, pero subió la corrupcion mas arriba, y fue inevitable la muerte que sufrió prometiendo hacer una penitencia eemplar si Dios le restituía la salud.

Llegó por último despues de tantas humillaciones el Rey Ricardo á su reino. Para borrar la mala impresion que los ultrages cometidos en la Magestad Real podian dejar en el espíritu de los pueblos, se hizo coronar de nuevo con tanta solemnidad como si principiase su reinado. Godoffrido, arzobispo de York, su hermano natural con el conde de Mortain, que reinó despues con el nombre de Juan

Sin-Tierra, eran las causas principales de las conmociones que habian agitado el reino durante la ausencia del Rey. En tanto que este prelado se ocupaba en las cábalas é intrigas, olvidaba escandalosamente todas las funciones del santo ministerio. Todos los dias iba á caza, no celebraba sínodo alguno, fulminaba las excomuniones segun la impetuosidad de su cólera y los caprichos de su fantasía. Quejóse su iglesia al Papa, y éste comisionó al santo obispo Hugo de Lincoln para hacer una informacion jurídica.

43. Para reprimir el desprecio de la disciplina eclesiástica sin ceder á respeto alguno, no habia persona mas á propósito que este prelado (1). Presentado de edad de ocho años en un monasterio de canónigos regulares por su padre valeroso y virtuoso caballero borgoñés, en el cual él mismo se consagró despues al Señor, se arraigó desde muy pronto en los principios de una sólida piedad. Luego le hizo pasar al orden de los cartujos el deseo de una vida mas perfecta, donde anunciaba siendo de edad aun tierna su aficion á los egercicios del cielo, y aquel carácter de firmeza que nos hace á propósito para ellos cuando le acompañan la prudencia y la modestia. Preguntóle uno de los ancianos, llegado el tiempo de ordenarle de sacerdote, ¿si deseaba recibir las órdenes sagradas? Respondió sencillamente, que nada deseaba tanto en este valle de lágrimas. ¿Pues cómo, replicó el anciano, osais desear lo que hace temblar á los mas perfectos? Hugo amedrentado de

(1) *Vit. S. Hug. ap. Sur. 17. Apr.*